



SCOTT PRESTON
DONDE MUEREN
LAS BESTIAS

Traducción del inglés a cargo de Diego de los Santos

IMPEDIMENTA

YAN¹

La granja estaba situada en uno de los catorce páramos húmedos entreverados de verde y morado, en una hendidura de diez kilómetros de ancho cubierta de pedregales, donde la época de lluvias dura doce meses al año. Aquí el agua siempre está ácida y el suelo, avinagrado. Es una región escarpada, famosa por sus lagos, pero nosotros vivimos en los montes. En unas montañas llamadas fells, engullidas por las nubes. No muy altas, pero con laderas empinadas, cubiertas de hierba enana y de tierra fina como una mancha de té.

Criamos nuestros rebaños entre las rocas y a cada oveja le enseñamos que hay que terminarse la comida; tardaron cinco mil años, pero al final lo consiguieron. Solo dejaron piedra desnuda, húmeda y negra, y acabaron acostumbrándose al sabor del musgo. Todo acabó bajando al valle de Curdale, cuando en los prados

1. Los títulos de los capítulos corresponden a números escritos en una de las numerosas variantes del dialecto que usaban antiguamente los pastores de Cumbria para contar las ovejas de sus rebaños (*yan*, «uno»; *taen*, «dos»; *tedderte*, «tres», etc.). Este sistema ha caído en desuso, aunque aún se sigue empleando en algunas zonas rurales del noroeste de Inglaterra. (*Todas las notas son del traductor.*)

aún crecían flores silvestres, y allí el terreno era lo suficientemente llano como para vender las ovejas. Algunos decidieron quedarse y fundaron un pueblo llamado Bewrith. Al principio no era más que un mercado, luego encontraron carbón bajo los fells, después pizarra, y, cuando extrajeron todo lo extraíble, se convirtió en un lugar en el que los turistas paraban a comer patatas fritas con jamón de camino a los paisajes de las postales.

Todo está en Cumbria: el valle, el pueblo y la granja. Un condado inventado sobre la marcha, con la frontera entre Inglaterra y Escocia al norte, aunque en realidad no encaja en ninguno de los dos países. Al este, Yorkshire y Northumberland, donde la cresta de los Peninos nos protege de sus miradas endogámicas. Al oeste, el mar de Irlanda y la Isla de Man, por si te apetece darte un chapuzón. Y al sur, el Sur, que nunca está tan lejos como uno querría.

Los habitantes de los fells son simpáticos como el que más. Tan simpáticos que, si ven tu casa en una ladera rocosa, construyen la suya lo bastante lejos como para que tú no los veas a ellos.

Muchos kilómetros de nada son los mejores muros.

Yo no voy mucho por el pueblo; antes, hace unos treinta años, iba aún menos. Sigue igual. Hay dos pubs con un enlucido basto en las paredes, uno pintado de blanco y el otro de amarillo; o sea, un pub por cada veinte casas. Las casas son de pizarra, irregulares a simple vista, con ladrillos verdes en los días secos y grises en todos los demás. Los habitantes de Bewrith, unos doscientos, te dirán que lo único que tienen son las vistas, y que con eso les basta. Todo lo necesario para vivir se resuelve solo porque los vecinos miran por los demás. Te meten la ropa en casa cuando empieza a llover, amontonan sacos de arena si hay amenaza de inundación, están pendientes de tu abuela, de los niños, de tu mujer y de lo que haga falta. Están pendientes de ti. Hay muchas formas de cuidar de los demás. Si no quieres que se te mojen los pies, te conviene saber quién está a punto de desbordarse.

Esta es mi manera de presentar a William Herne, el único de nosotros que tiene un mínimo interés. Un pastor de ovejas. Cuando la gente habla de él, todo el mundo dice que era un puto pirado, como si lo hubiéramos visto pasearse robando y matando por ahí y nos hubiera dado vergüenza pedirle que parase. Pero ese no era el William que yo conocí, y vaya si lo conocí, más tiempo que cualquiera que siga vivo y, ahora que ya está muerto, probablemente más tiempo del que nadie lo conocerá jamás. Cuando digo que en general era un buen tipo, es porque lo creo de verdad.

Era un granjero, un pastor, mejor que algunos, pero tampoco por encima de la media. Hijo de granjero, padre de granjero y marido de granjera. No hablaba mucho, por eso pensábamos que era un hombre de principios; cuando abría la boca, lo hacía sin rodeos, como si soltara titulares de periódico. Siempre que podía, estaba solo o con su familia. Aunque estaba orgulloso de su casa, nunca la limpiaba. Tenía casi la misma edad que yo, pero no lo parecía. Los primeros pelos que le salieron en la barbilla ya eran grises; no envejecía, pero siempre fue rematadamente viejo. Durante sus últimos siete años de vida llevó un abrigo encerado, largo como un vestido. Como siempre lo llevaba abotonado, parecía un cura. Helen, su mujer, no le dejaba entrar en casa con ese abrigo, porque apestaba a estiércol y a mostaza silvestre.

Como a la mayoría de los que viven en las montañas, por el pueblo no se le veía mucho el pelo. Sabías que andaba por ahí, haciendo su trabajo, y que podías tropezarte con él si te perdías por los fells o si vigilabas su taburete en el Crown. Era muy apreciado, respetado incluso: alguien a quien no querías molestar con tonterías, aunque sabías que podías en caso de necesidad. Se tomaba demasiado en serio su papel de atracción turística. No era raro encontrarse con forasteros que juraban haber visto a un granjero acechándolos desde la otra punta de un prado, o señalando algún cartel de los que tenía por sus tierras donde ponía: DISPARO A LOS PERROS SIN CORREA. Si se reían, se ponía a ladrarles como si él fuera un perro.

Vamos, que siempre había sido un puto pirado. El caso es que todos lo somos. Lo único que tenemos en la cabeza es lo que nos rodea. Las ovejas, los perros, los prados. Y si solo hay vacío a nuestro alrededor, es normal que seamos unos cabezas huecas.

Empezaré por la fiebre aftosa. Casi nadie quiere hablar del tema: les preocupa que vuelva solo con mentarla. Pero, si no lo cuento, lo único que queda es lo que hizo William, no lo que le obligó a hacerlo. Todo comenzó a principios de la primavera de 2001, al menos aquí en Cumbria. Supongo que en realidad empezó meses antes, con algún imbécil de Northumberland que daba de comer a sus cerdos restos de otros cerdos procedentes de esas partes del mundo donde la gente no cuida a los animales. Dicen que los cerdos comen de todo, enfermedades y lo que les echen.

Por aquel entonces yo había vuelto a la granja de mi padre. Montgarth, se llamaba. Era una granja pequeña, apartada de la carretera, apenas una huella dactilar en el mapa del valle. La casa en la que vivíamos y el almacén de al lado se iban hundiendo poco a poco, palmo a palmo, año tras año, empujando la tierra húmeda hasta que el terreno cedió y levantó un talud a su alrededor. A juzgar por el mantenimiento que le hacía mi padre, no era raro pensar que la granja estaba abandonada, hasta que te acercabas y oías ladrar al perro. Había dejado que los muros que separaban los prados se desmoronasen y rellenado los huecos con palés de madera y rollos de alambre.

Llevaba ya unos seis meses echándole una mano. Mi padre estaba tan débil que a veces se me olvidaba por qué me había ido de allí. Como todo lo que hacía, hasta la debilidad la llevaba a su manera. Se acercaba a los setenta años, que según él eran unos ochenta en años de currante. Era capaz de levantar una oveja por encima de la cabeza, pero tardaba diez minutos en subir las escaleras para ir a mear. Tres dedos de la mano derecha se le habían curvado hacia dentro para siempre, pero aún podía manejar unas tijeras de esquilar solo con los nudillos y el pulgar. Nunca pedía

ayuda, pero te gritaba a base de bien si no se la ofrecías. Así era él. Yo llevaba unos años fuera, trabajando de conductor. Curraba en campos de cultivo durante la siembra, dejando tras de mí una estela de nubes de cal por toda la costa este. Un terreno tan llano que podías alejarte quince kilómetros y aún veías el polvo de esa mañana asentándose. En esas estaba cuando me llamó, no tengo ni idea de cómo había conseguido mi número.

—¿Cuándo vuelves a casa? —preguntó.

—No tengo pensado volver —le dije—. Estoy ganando dinero, pronto tendré un piso. ¿Te suena? Me estoy buscando la vida, como siempre decías.

—Pues no me suena a eso.

—¿Te estás quedando sordo o qué?

—No tanto como crees.

Una semana después, ya había vuelto a mi antigua habitación.

Estábamos esperando a que floreciera el nuevo año cuando empezamos a oír hablar del tema. No en el periódico local. Ni en la radio. Solo entre susurros: «Ha vuelto la fiebre aftosa». Para pasarnos el día entero sin más compañía que las ovejas, no se nos dan nada mal los cotilleos.

La fiebre aftosa. Solo los viejos como mi padre recordaban lo que era.

Llegó una carta. Estuvo toda la mañana tirada en el suelo antes de que le echáramos un vistazo. Estaba llena de fotos: un catálogo de ganado con la boca en carne viva para que supiéramos detectar los síntomas. Las ovejas se aletargaban y adelgazaban. Se quedaban tumbadas como si sus huesos fueran nidos. Patas que no responden, cabeza y ojos que no responden. Úlceras en las pezuñas, pezuñas blancas, pezuñas podridas. Ampollas en la boca, en las encías o en la lengua. Fiebre alta, calenturones. Corderos que nacen muertos, como para adelantarse a los demás. Todo eso ponía en la carta, y además nos advertía que no dejáramos el

rebaño suelto, en la medida de lo posible. Para que la enfermedad no se extendiera por los fells. Mi padre miró la carta y dijo que podían irse a la mierda.

—No pienso hacer nada.

—Parece que eso es lo que quieren. Que no hagamos nada.

—Pues muy bien. Dejaré que el rebaño paste donde quiera. Que las ovejas decidan.

—Pone que morirán si la pillan.

—Sí, y para evitar que mueran unas pocas, prefieren matarlas a todas. ¿Le ves sentido a eso?

—Creo que no es tan sencillo.

Me mandó a la mierda.

En las granjas más grandes, tan grandes que necesitabas un mapa para encontrar el baño y los establos eran tan largos como un campo entero, podían permitirse dejar a las ovejas dentro. Había luces nocturnas para calmar a los corderos y puertas de cierre automático como en las habitaciones de hotel para cada borrega y cada oveja vieja, para cada carnero semental y cada capón. Podías llevarlas a dar un paseo diario con correa hasta el comedero y dormían sobre la paja con menos apreturas que en cualquier oficina de correos. Nuestra granja no era así. Aunque nosotros decíamos que Montgarth era una pequeña explotación, otros nos consideraban granjeros aficionados. Para entonces apenas quedaban doscientas ovejas en el rebaño. Cualquiera pensaría que eso nos facilitaba las cosas, pero la parición estaba a la vuelta de la esquina. No podías pedirles a las madres que aguantasen unos meses más con la barriga a punto de reventar mientras las encerrábamos en los dos campos que quedaban más cerca de la casa.

Nuestro rebaño vivía en libertad en los fells, a unos trescientos metros por encima del valle. Dejábamos vagar a las ovejas por las laderas y los riscos que había más allá de los últimos muros de piedra, contruidos para contener la niebla de la montaña. Se alimentaban de lo que se enroscaba en piedras y árboles nudosos,

y de costras de líquenes en los afloramientos rocosos, algunos tan verdes que brillaban más que los residuos radiactivos de Sellafield. De juncias, cola de caballo y otras hierbas escondidas en las grietas de los riscos, y de brezos de invierno, que brotan rosados y se vuelven rojizos con el frío. En lugar de encerrar al rebaño, mi padre, que estaba de muy mala leche, se encerró él en casa en compañía del único perro que teníamos, se puso a ver la tele y se le hincharon los sabañones de tanto acercarlos a la estufa.

Salí cuando aún era de noche. Las ovejas dormían más arriba que los papamoscas y las palomas torcaces, que se refugiaban en las grietas de los riscos, y más arriba incluso que los halcones, que anidaban oteando a su presa allá abajo. Se tumbaban en el suelo desnudo, con las laderas escarpadas a sus espaldas, y pegaban la oreja al suelo por si había algún derrumbe de rocas. No es terreno apto para *quads* y, sinceramente, para personas tampoco. Trepé por la portera del prado, como practicando para lo que me esperaba, y allí estaban los dos peñascos que indicaban que habías salido de los pastizales de Montgarth. La primera cuesta era lo que llamábamos «comer corteza», porque era la parte más dura. El viento se pegaba a ella como un río, y sabías que casi habías llegado al final cuando te quitabas la arenilla de los ojos. Una vez superada, llegabas a una cima ancha que refrescaba cada ráfaga de viento, y más allá había una subida prolongada que llevaba hasta la cima de Gum Knott. Avanzaba con un pie en la grava suelta y el otro en la turba esponjosa. Caminaba a un ritmo constante. Hasta que no amanece no te das cuenta de lo solo que estás ahí fuera. El terreno no tiene bordes, cualquier bulto podría ser un risco y hay peñascos tan grandes que se podrían confundir con el cielo; sin embargo, no es tan difícil avanzar cuando el único sendero es el que ha abierto tu familia a fuerza de pisarlo durante sesenta años.

Vi al rebaño cuando la luz de la linterna iluminó el ojo de un animal en un amplio saliente de helechos. Las ovejas estaban amontonadas para hacerse de cortavientos y se turnaban para cubrirse

como si fueran mantas. Tuve que despertarlas. Grité tan fuerte que sentí un sabor áspero en la garganta y oí sus balidos a modo de respuesta. Esperé mientras trepaban todas y conté una oveja tras otra mientras bajaban por la ladera: *yan, taen, tedderte, medderte, pimp*. El truco para mover un rebaño es ponerles un líder y colgarle un cencerro para que las demás lo sigan. Por algo los llamamos borregos. Normalmente, ese líder sería yo y caminarían tan pegadas a mí que, si saltase por un despeñadero, caerían conmigo. Pero estaban acostumbradas a mi padre, y un cubo lleno de pienso solo captó su atención durante un rato. Me tocaba hacer el trabajo del puñetero perro. Daba palmadas por debajo de sus pechos para que saltasen entre mis brazos, les gritaba para que se aprendiesen las palabras, les deslizaba un palo por las costillas para hacerlas avanzar como antes habían hecho sus madres. Sostenía el cayado con las dos manos para echarles el guante a las que saltaban y alejarlas de la pendiente. Las ovejas preñadas están tan dispuestas a hacerte caso como cualquier otra hembra preñada. Para cuando volvimos a los peñascos, ya iba cargando con una de esas cabronas sobre los hombros.

Encerrarlas en los dos campos fue solo el principio. Quien conozca Cumbria sabe que llueve con ganas. Para quien no la conozca, algunos días la hierba es tan verde que te duelen los ojos de verla, y no se pone así por el buen tiempo. Esa semana llovió a mares y, con doscientas ovejas yendo y viniendo en un campo para cincuenta, el terreno se convirtió en un lodazal. Los animales se pasaban el día trotando en el barro, que les embadurnaba los costados y les apelmazaba los vellones. Cada vez que volvía a echarles un vistazo, el barro parecía más espeso; tanto que las ovejas más grandes, preñadas y con la barriga arrastrando por el suelo, se pasaban el día sentadas sin moverse del sitio.

Al cabo de tres días, mi padre fue a verlas. Era la primera vez que salía.

—Esto tiene más de veinte centímetros de profundidad —dijo, plantado en mitad del barro—. Se me atascan las botas solo de mirarlo. No podemos dejarlas aquí fuera, Steve.

—¿Las quieres dentro de la casa para que te hagan compañía? Te has despertado junto a cosas peores.

—Vete a la mierda.

—Sabes que no tenemos ningún otro sitio para ellas.

—Si un cordero cae ahí dentro al nacer, ya no sale.

—Las vigilaré. Limpiaré todo lo que pueda.

—¿Vigilarás a sesenta ovejas preñadas a la vez? Se han escrito pasajes de la Biblia por menos.

—Pues nos turnamos.

—Nos turnamos, ¿eh? Vamos a hacer una cosa: empieza tú y yo te aviso cuando esté listo para mi turno.

Oí que me llamaba tonto del culo al alejarse.

Eran ovejas fuertes y buenas paridoras, pero los corderos se ahogan hasta en los años secos. En la granja solo teníamos ovejas de raza herdwick. No las crían en ninguna otra parte del mundo, cosa que considerábamos como un motivo de orgullo, en lugar de tomárnoslo como una advertencia. Están hechas para vivir en las laderas de los fells, donde la lluvia cae de lado, o en diagonal, o incluso parece brotar del suelo. Si alguien me hubiera preguntado antes de la enfermedad, le habría dicho que esas ovejas eran capaces de sobrevivir a cualquier cosa. Son más duras que las cabras montesas, y te miran raro si pones mala cara cuando hace mal tiempo. Tienen la cabeza blanca y con forma de ladrillo, más cuadrada y gruesa que las piedras de los muros que las rodean. Las dejábamos pacer en los fells durante meses, en tanta libertad como puede dejarse a un rebaño. Cuando volvían después del invierno, les habían crecido unos vellones que doblaban en tamaño a sus cuerpos desnudos y las hacían bambolearse al andar. Mechones de lana gris apelmazados con pintura azul y roja para marcar a las ovejas en celo, y restos de mierda seca acumulada durante semanas.

Lo único que podía hacer era vigilarlas día y noche, pendiente del primer parto. Me hice un mapa mental de las ovejas que estaban a punto de parir e iba dándole repasos al rebaño para revisarlas una por una. Intenté dejar el campo tan limpio que solo me faltó encontrar azufre, y me agarraba como podía para no caerme cuando las ovejas necesitaban que las ayudase a moverse. Hice pasarelas con bebederos puestos boca abajo. Hice camas pisoteando virutas de madera. Daba cabezadas en el Land Rover para descansar o me tumbaba apoyado en los muros como uno más del rebaño cuando ya no me tenía en pie. En la cuarta noche de pisar aquel fango sin fondo, vi que nuestra oveja más grande ya estaba lista: dejó de comer, ayunó todo el día y se fue tambaleándose hasta un rincón, ella sola, con las caderas hundidas y las ubres hinchadas.

Mi padre apareció por allí como si supiera que había llegado la hora. Llevaba un sombrero de pescador de ala ancha calado hasta las orejas y se sentó a mi lado con un termo de té.

—Buena noche para un parto —dijo.

—Diría lo mismo si yo también me hubiera pasado el día durmiendo.

—No soy de los que dicen que no a una siesta —contestó, y bebió directamente del termo—. La parición era la época favorita de tu madre. Tampoco creo que ella durmiera mucho.

—Me acuerdo.

—Claro.

—¿Qué pensaría ella de esto?

—Hemos vivido tiempos peores. Eres demasiado joven para acordarte, pero hubo un año en que los animales enfermaron, se pusieron fatal, y perdimos a la mitad de los corderos. Nacían y echaban a andar haciendo esos, y sus madres se golpeaban contra las paredes con los ojos lechosos.

—Visto así, ahora no están tan mal.

—Supongo. Sé que piensas igual que los demás. Piensas que soy un viejo chiflado por dejar que el rebaño se reduzca tanto, pero una de estas vale por diez de cualquier otra granja.

—Y por eso te pagan diez veces más, ¿no?

—Deberían, si fueran gente razonable.

—Aunque costaran la mitad, seguirían siendo demasiado caras.

—No digas tonterías. —Se levantó y tiró de una oveja joven para acercarla—. Dime que no es la oveja más bonita que has visto en tu vida. —Se puso a acariciarle el lomo para demostrar lo recto que era. Le apretó los músculos de los hombros y las caderas y le apartó los labios para que quedasen a la vista los dientes rectos, tanto los de arriba como los de abajo—. Algunas llevan trescientos años de rebaño en las venas. Todas son hijas del Almirante Rust. Han escrito libros sobre él. —Dejó que la oveja volviese con el resto del rebaño—. No lo ves, ¿verdad? —añadió, riéndose para sus adentros—. Nunca lo has visto.

Me quedé sentado en silencio, como siempre que se ponía así.

—Es lo que decía mi padre: «Tienes que darlo todo por ellas». Cuanto más lo pienso, más cierto me parece. Se supone que son las ovejas las que nos dan de comer, pero el coste que habría que calcular es lo que das y nadie te devuelve. Cada año tardas más en curarte que el anterior, pero solo cuando lo has dado casi todo es cuando lo echas en falta y eres consciente del trato que has hecho.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Ya nos avisarán.

La oveja grande encontró el único rodal de hierba seca que quedaba y se tumbó allí hasta que amaneció; solo entonces rompió aguas. Apoyó la cabeza en la tierra. Le temblaban las costillas como si fuera a vomitar, y estuvo empujando de lado durante una hora. El cordero negro salió del saco y su madre se volvió para lamerle la nariz y los ojos hasta que pudo parpadear. Otra oveja fue a acostarse. Era una hembra con joroba y la sonrisa torcida. De ella salieron disparados tres corderos como una ristra de salchichas, y la madre engulló la placenta antes de que me diera tiempo a intervenir. Ese fue el pistoletazo de salida para las demás. Jadeando de costado o agachando la cerviz, tumbadas con las patas flexionadas, y algunas de pie o caminando, pariendo

corderos con los ojos abiertos, sin tiempo para empujar o estremecerse.

Mi padre volvió después de aquella noche y estuvo conmigo hasta el último parto, trabajando como no lo había visto nunca. Con una oveja bajo cada brazo y la cara roja de frío y aún más roja del sudor. Aguantaba sus coces y embestidas de frente, deslizándose hacia atrás y haciendo presión con las botas y luego con los dedos de los pies, hasta que acababa con las manos y las rodillas en el suelo y arrastraba con él a las ovejas. Solo se sabía que era él por cómo se le inflaban las mejillas debajo de aquella capa de barro.

—Baja el ritmo —le dije—. ¿Quieres que te dé un ataque al corazón?

Me contestó que su corazón llevaba sometido a un ataque permanente desde la Segunda Guerra Mundial. Eso me hizo seguirle el ritmo, trabajando hasta olvidar incluso cómo funcionaba mi propio cuerpo. Ni siquiera me permitía parar a beber por si mi cerebro lo interpretaba como una señal de que había llegado el momento de tomarme un descanso. Era como si, al darlo todo, ya no pudieran quitárnoslo.

Había una oveja con orejas de conejo y un vellón de dos inviernos casi tan rojo como una seta venenosa. Se veía lista para parir, pero estaba tumbada y sin energía: quería empujar, pero solo le salía toser. Olía a cubo de basura que hay que vaciar. Ya le asomaban las dos patas delanteras del cordero y ella seguía intentando ponerse de pie o echarse hacia atrás, así que tuve que tumbarla y ponerla de lado y apoyarme en ella, y el calostro me salpicó la camisa. La ayudé a parir: ella con las cuatro patas en el aire y yo metiéndole la mano, hablando en plata. Até las patas del cordero con un trozo de cordel y las moví para intentar hacer hueco. Para intentar empezar de cero.

El cordero salió echando humo, y lo aparté para comprobar que podía moverse solo. Miré a la madre, pero cada una de sus respiraciones era más corta que la anterior, y tuve que darle un

meneo al cordero hasta que pudo moverse por sí mismo. Entonces vi que la madre estaba muerta.

—Ese cordero necesita un nombre —dijo mi padre, asomándose por encima de mi hombro.

—¿Desde cuándo les pones nombres a las ovejas? Y a un carnero, nada menos.

—Me he vuelto un sentimental con la vejez.

—Pensaba que no nos dejabas hacerlo para que no nos encariñásemos.

—Nunca se me ha dado bien recordar los nombres.

—Ya —contesté, mirando al cordero—. ¿Qué te parece Rusty?

—Tendrá que estar a la altura de un nombre como ese.

—¿Cuántos años dices que tienes?

Soltó otra carcajada y cogió a la madre en brazos para llevársela.

Yo estaba tan ocupado con la parición que no prestaba atención a las noticias, y mi padre evitaba el teléfono como si el aparato fuera capaz de propagar la enfermedad.

Estábamos solos, o más solos de lo habitual. Nadie se arriesgaba a venir a las granjas. Nos mandaban comida. Empanadas de carne y patatas y pasteles de fruta envasados que nos enviaban a través de ríos de desinfectante. Pero hasta eso empezó a suponer acercarse demasiado. Podías portar la enfermedad en la nariz, en el pelo, en la mucosa de los ojos: hasta mirar una granja era peligroso. Ni siquiera los turistas eran tan tontos como para atreverse a visitarnos.

Hasta que el matarife no vino a llevarse la oveja muerta, no fui consciente de lo que estaba pasando. Me costó que viniese, estaba muy ocupado.

—Fue una muerte normal —le dije—. Como tiene que ser.

—Te creo —contestó, atando una cadena a la pata de la oveja para arrastrarla hasta la furgoneta.

—Fue al parir. Era una oveja vieja y fuerte.

—Suele pasar.

—¿Tienes muchas más hoy?

—Este es mi descanso para comer.

No me miró a los ojos antes de irse.

Era inevitable ver señales en el rebaño. Los corderos habían sobrevivido al parto, pero algo había cambiado: algunos tenían menos energía que sus madres. Arrastraban la cabeza, parecía que tuvieran los tendones del cuello demasiado largos. Mi padre se quedaba mirándolos.

—Es el barro que queda por limpiar, por eso van tan lentos.

Cuando no espabilaron, encontró otras razones. Dijo que ese año hacía frío. Que seguía habiendo nieve en los llanos. Cubos abiertos de productos químicos. Gases que traía el viento. El vuelo de los buitres. Cuervos huesudos en la valla. El zumbido de los fells. Nuestras manos estresadas. Matas revueltas de serpentaria blanca, hierba carmín, cinta de agua. Un chucho suelto. La ausencia de una pintada con sangre de cordero en la puerta. Fiebre de la leche. Lengua azul. Tembladera. Ectima. Carhunco sintomático. Gusano pulmonar. Sarna. Cabeza hinchada. Edema submandibular.

Cada día se sacaba una teoría de la manga. Como si yo le hubiera preguntado. Fiebre aftosa: me harté de decir esas putas palabras.

Vino el veterinario. Se llamaba Robbie Slater: un buen tipo, y encima era de por aquí. Lo oí llegar por el traqueteo del coche sobre el paso canadiense, y salió del vehículo vestido como de astronauta, con un traje de goma blanca. Fui a saludarlo y me habló como si no me conociera. Aunque debería haber olido a estiércol de vaca, olía a lejía de hospital.

Lo llevé al campo donde se encontraban las ovejas. Estaban tumbadas a lo largo del muro. Le acerqué una sujetándola por debajo del cuello, como si fuera a presentarla a un concurso. Tiró de ella hacia arriba y la sentó sobre el culo. Le pasó el pulgar enguantado

por los dientes, le meneó la pata para verla bien y luego dejó que se fuera corriendo. Me dijo que le llevase la siguiente, y luego otra más, hasta que vio cuatro o cinco.

—Un poco lentas, ¿no? —dijo.

—¿Qué esperabas? Se están volviendo vagas, aquí encerradas.

—Entonces, ¿las habéis aislado?

—Pues claro, dijeron que teníamos que hacerlo.

—Por aquí se ve de todo. —Se acercó a por uno de los corde-
ros, pero no pasó mucho tiempo examinándolo antes de soltar-
lo. Se quedó allí plantado, mirando cómo volvían a tumbarse—.
¿Les has echado un vistazo últimamente?

—No me paso aquí todo el día con los ojos cerrados.

—En la boca, Steve.

—¿Qué les pasa en la boca?

—Algunos tienen lesiones en las encías.

—¿Lesiones? Pues claro que tienen lesiones en las encías. Me
gustaría verte a ti comerte media ladera sin hacerte cortes entre
los dientes.

—Son lesiones.

—¿Eso quiere decir que se han contagiado?

—No sabría decirte.

—¿Cuántos más has visto que la tengan?

—No sabría decirte.

—Intenta empezar por lo que sí sabes. ¿Cuántas a las que les
habéis hecho pruebas han dado positivo?

—Ahora mismo no están haciendo pruebas.

—¿Vais a matarlas sin hacerles pruebas?

—Si están a menos de cinco kilómetros de un foco, las van a
sacrificar sin contemplaciones. Yo solo estoy aquí para ver hasta
dónde se ha propagado.

—¿Desde dónde?

—Caldhithe. La granja de William Herne.

* * *

Apareció una furgoneta y luego otra más. Salieron por la puerta de atrás: soldados en nuestra granja con trajes blancos, armados con escobas, cubos y rifles. Apoyaron las botas en el parachoques de la furgoneta y las rociaron con desinfectante.

Llamaron a nuestra puerta. Educados. Amables. Dando órdenes. La mujer que estaba al mando sabía manejar la situación.

—Necesitamos una toma de agua. Tienen que estar listas aquí fuera. ¿Dónde están las rampas de carga? —Hizo que se desplegasen todos los hombres que habían venido con ella y que formasen una fila—. ¿Cómo que no tienen? —Negó con la cabeza—. Nos apañaremos —dijo varias veces—. Nos apañaremos.

Estaba siendo bastante agradable. Nos recordó algo sobre las órdenes de compra sin que en su voz se filtrara reproche alguno que pudiera ofenderme.

Salí al campo y me paseé entre nuestros animales; desde luego, cualquier enfermedad que tuvieran sabía cómo esconderse. Se arremolinaban a mis pies y seguían el movimiento de mis manos al andar. Nuestra perra, Molly, avanzaba agazapada de una pared a otra, vigilándome más a mí que a las herdwick. Me llevé el silbato a los labios.

—Vamos, vamos.

La perra reunió al rebaño y lo mantuvo a raya en el corral mientras las ovejas iban pasando por la portera. Los soldados se quedaron mirando, vestidos para matar. Con las manos a la espalda, guantes por encima de las mangas y condones en los pies. Habían elegido un remolque para hacer la matanza. Querían pegarle un tiro limpio a cada oveja donde no pudiera moverse, y que se quedase allí tirada para hacer una pila. Querían que las tablas siguieran limpias para cada animal que llegase. Empapaban a los animales muertos en desinfectante y los mantenían frescos hasta que pudieran quemarlos.

Las primeras ejecuciones salieron bien, en lo que a matar se refiere: un estampido, un golpe sordo, a veces un balido, y la perra esperando a su lado para que no se moviesen. La boca del cañón colocada entre las orejas y la trayectoria alineada con el lomo para

que cada bala se quedase dentro de la cabeza. Las armas no tuvieron la culpa de lo que pasó. El caos empezó en los tablones, resbaladizos de barro, chorreando meados y sangre derramada, y luego pasó a la rampa de madera. Si no sujetábamos bien a las ovejas, se nos caían, se doblaban el cuello o saltaban para volver al campo. Nuestro redil no era lo bastante grande, y cuando una oveja se salió del rebaño, otra hizo lo mismo y todas las siguieron, saltando y empujándose, hombro con hombro. Era imposible detenerlas sin que te pisotearan. Los carneros de delante golpearon un muro hasta que hicieron temblar las piedras de remate y las borregas de detrás empezaron a empujar y a montar a las demás, utilizándolas como escalones para trepar. Una de ellas se contorsionó hasta llegar tan arriba que se rajó la barriga en el alambre; al caer al otro lado, abrió un hueco por donde echaron a correr las demás.

—¡Aquí! —le grité a Molly. Intentó ladrarles a las que iban en cabeza para hacerlas volver—. ¡Aquí!

Se llevó una coz en el ojo y huyó corriendo. Se encogió junto a un espino, se enganchó el pelaje en las zarzas y la hierba algodonera y se cagó por las patas abajo.

Cualquiera pensaría que los soldados tendrían más sentido común que las ovejas, pero todos se volvieron locos. Se pusieron a perseguirlas a la carrera para pegarles un tiro contra un muro, o un comedero, u otros cadáveres. Se abalanzaban sobre el lomo de las ovejas con un cuchillo para desangrarlas y tiraban con las dos manos cuando se les atascaba la hoja, les clavaban varas en el cráneo y usaban los cuernos de los carneros como asideros. Las montaban, soportando los últimos estertores de los animales entre las piernas, y luego seguían persiguiendo a las demás.

Eché a correr. Salté por encima de la portera y atravesé el campo, hice como si fuera a por las saltarinas y agarré las patas delanteras de una oveja. La derribé. Otras borregas se tiraron al suelo cuando me acerqué. Seguí corriendo.

—Traed al granjero, que las tranquilice —oí que gritaban los soldados.

La mitad del rebaño estaba muerto o aturdido, con agujeros de bala que se expandían lentamente en sus pesados vellones, y los soldados acorralaron a un grupo más pequeño en el establo. Allí las ovejas opusieron resistencia: movían la cabeza a los lados para abrirse paso y se abalanzaban como zorros contra cualquiera que se acercase. Un soldado acabó en el suelo, con el pecho pisoteado, y desde ahí le pegó un tiro a la oveja que lo había tumbado. Fueron acabando con ellas, pegándole tres o cuatro tiros a cada una.

—¿Dónde está ese desgraciado? —La mujer que estaba al mando me vio en el campo—. Tienen que quedarse dentro. —Yo no sabía con quién estaba hablando. Soltó un taco bien feo y fue hasta la perra, la cogió en brazos y esperó a que yo volviese—. Llévesela y quédense en casa.

—¿No me necesitan?

—Es usted quien ha elegido estar aquí.

—Son mis ovejas.

—Métase en casa.

Tuve que sujetar a Molly para que no se moviese. Me ladraba al oído y me arañaba con sus patas suaves. Me pegó la cara al cuello y le toqué las costillas. Recuerdo que olía a galletas. En la casa no se despegaba de mí: tuve que tumbarla y meterla en la cama. Fui a la cocina y puse la tetera a hervir una y otra vez con una taza vacía delante. No estaba seguro de poder volver a mirar a una oveja sin ver la sangre saliéndole de un agujero en la cabeza. Encendí la tele y la vi durante horas como si fuera yo el que estaba enfermo. Oía los disparos, por más que subiera el volumen, pero los intervalos entre cada disparo se fueron espaciando hasta que dejaron de sonar.

Volvieron a llamar a la puerta. La mujer había vuelto para decirme que estaban listos para marcharse.

—¿Cuándo van a quemarlas? —le pregunté.

—Esta es una granja pequeña —contestó—. En Caldhithe van a perder unas mil, puede que más. Podría ser mañana. Podría ser la semana que viene o a la otra.

—¿No pueden llevárselas para que no estén en nuestro terreno?

—Pueden hacerlo ustedes, pero no se lo recomiendo.

—Se ven desde la ventana de la cocina. Y desde la ventana del puñetero cuarto de baño, si nos asomamos.

—Tampoco le recomiendo hacer eso —dijo, así que corrí las cortinas.

A pesar de lo que me había dicho, se llevaron los cadáveres al día siguiente, a una zanja que habían cavado en el valle, a tres kilómetros. Por lo que contaban por ahí, fue un trabajo rápido. En algunas granjas las tuvieron tanto tiempo en los campos que el agua sabía a lana. Lo único que quedó de su paso por Montgarth fue el reguero de sangre que dejaron en la carretera al marcharse.